

La Comédiathèque

Cuatro estrellas

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

**Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita,
requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de
autor. Solicitar autorización:**
<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>

Cuatro estrellas

Una comedia de Jean-Pierre Martínez

Cuatro personas que no tienen nada en común emprenden un viaje turístico al espacio. La convivencia transcurre con altibajos hasta que la torre de control anuncia una fuga de oxígeno y el regreso urgente a la Tierra. El problema es que no queda aire suficiente para todos. Si nadie se sacrifica, morirán los cuatro. Disponen de una hora para averiguar quién tendrá madera de héroe...
Y la cuenta atrás ya ha comenzado.

Personajes :

Natalia

Jesica

Jonathan

Iván

© La Comédiathèque

ACTO 1

El módulo principal de una nave espacial. Como se trata de una comedia, nada impide recurrir a una estética futurista deliberadamente kitsch, propia de una película de ciencia ficción de serie Z. Al fondo, un telón pintado puede representar el cielo estrellado que se ve a través de una gran ventanilla. A un lado, el terminal de radio de a bordo, con forma de teléfono y una luz roja intermitente; al otro, una pequeña hacha roja detrás de un cristal con la inscripción «Rómpase solo en caso de emergencia». La cuarta pared representa otra ventanilla, desde la que los pasajeros pueden contemplar la Tierra, la Luna y las estrellas, según gira la nave. A la derecha del escenario, una salida hacia el puesto de mando y el laboratorio; a la izquierda, otra hacia los camarotes. Jonathan, de pie frente al público, contempla el paisaje, maravillado.

Jonathan – ¡Es increíble! ¡Mira, Jérica, se ve España!

Jérica, que parece estar buscando algo, le dirige una mirada distraída.

Jérica – Ah, sí... Qué pequeñita se ve...

Jonathan – Se distinguen perfectamente los Pirineos, la costa mediterránea, las islas Baleares... ¡Casi podría verse mi yate! Está amarrado por allí...

Jérica – Con Google Earth podrías verlo, Jonathan. Si consigo encontrar el móvil...

Jonathan – Es alucinante... Sabemos que los mapas actuales son fieles a la realidad, a diferencia de los medievales, en los que ni siquiera aparecía América... ¡Pero aquí tenemos la prueba delante de los ojos!

Jérica – ¡No me digas que has pagado una fortuna por este viaje solo para comprobar que América existe!

Jonathan – ¡Pero mira! ¡Hasta se ve Menorca! *(Se acerca a la ventanilla.)* Ah, no... Es una cagada de mosca en el cristal...

Jérica *(echando un vistazo)* – Qué curioso... Desde aquí no se ven las fronteras.

Jonathan – ¿Qué esperabas? ¿Verlas dibujadas con rayitas, como en los mapas de carreteras? Dicen que antes se veía el muro de Berlín desde el espacio.

Jérica – Sí, es una pena que ya no exista.

Jonathan – Queda la Gran Muralla China. Eso sí que está bien construido...

Jérica – Y puede que pronto se vea también la que quieren levantar entre Estados Unidos y México...

Jonathan – ¿Y tú? ¿Por qué hiciste este viaje entonces?

Jésica – Gané el primer premio de un concurso de televisión. Había que adivinar quién había sido expulsado la noche anterior de un programa de telerrealidad.

Jonathan – ¡Y ganaste! ¡Enhorabuena!

Jésica – Bueno, luego hubo un sorteo... Éramos miles los que habíamos acertado.

Jonathan – Y pensar que a mí este viajecito espacial me ha costado un millón de euros...

Jésica – Pues, sinceramente, habría preferido ganar el segundo premio.

Jonathan – ¿Qué era?

Jésica – ¡Un Ford Ka!

Jonathan – Ah sí...

Jésica – ¡Nuevo! Con todos los extras: elevadores eléctricos, equipo de música, aire acondicionado... Por cierto, ¿no hace un poco de calor aquí?

Jonathan (*volviendo a contemplar el paisaje*) – ¡Es increíble! No hace falta ver la previsión del tiempo. Puedo asegurar que dentro de una hora un ciclón va a arrasarse Nicaragua. Y menudo desastre va a ser... ¡Qué divertido!

Jésica sigue su búsqueda por todos lados, excepto en la ventana.

Jésica – Lo tenía en la mano hace un momento... No habrá salido volando, ¿verdad?

Se encuentra frente a Iván, el comandante, que llega del puesto de mando.

Jésica – ¡Ah, Iván!

Iván – ¿Buscas algo, Jésica?

Jésica – Sí, mi iPhone.

Iván (*tendiéndole el iPhone*) – Lo he encontrado flotando junto al techo del aseo. Tenemos un pequeño fallo en el sistema de gravedad artificial de esa zona de la nave. Voy a intentar arreglarlo...

Jésica – ¡Gracias, comandante!

Iván – Por desgracia, no era el único objeto volante no identificado que flotaba allí... Pero ¿para qué quieres el móvil?

Jésica – ¡Pues para llamar por teléfono!

Iván – Me temo que eso no va a ser posible.

Jésica – Pero en los aviones solo hay que apagar el móvil durante el despegue y el aterrizaje, ¿no?

Iván – Sí, pero esto es una nave espacial. Puedes encender tu iPhone, pero dudo mucho que tengas cobertura a ciento ochenta kilómetros de altura. Y, si la tienes, dame el nombre de tu compañía.

Jésica – ¿O sea que no podré llamar durante todo el viaje? ¡Esto es peor que en el teatro!

Iván – Lo siento...

Jésica – ¡No me digas que estamos completamente incomunicados!

Iván – Incomunicados, no necesariamente... Digamos que, si tu iPhone sonara aquí arriba, difícilmente sería alguien de la Tierra quien te llamase...

Suena el móvil de Jésica, que contesta, desconcertada.

Jésica – ¿Diga? (*Cae en la cuenta.*) Ah, no. Es la alarma. Se me olvidó cambiar la hora.

Iván – Hay que reconocer que, cuando uno orbita alrededor de la Tierra, no es fácil decidir qué hora es.

Jésica – Pero, en caso de emergencia, ¿ni siquiera podríamos llamar a los bomberos?

Iván señala el terminal de radio de la pared.

Iván – Para las emergencias estamos conectados por radio con la torre de control. Pero, si es para cambiar la cita con tu peluquera, tendrás que esperar a que volvamos a la Tierra...

Jésica suspira.

Jésica – Ni siquiera sé qué ponerme esta noche... ¿Hay que ir de etiqueta?

Iván – Yo pienso ir vestido. Tú haz lo que quieras...

Jésica (*coqueteando*) – ¡Ay, comandante...!

Entra Natalia y se cruza con Jésica, que se dispone a salir.

Natalia (*fríamente*) – Hola, Jésica. ¿Todo bien?

Jésica (*imitando a E. T.*) – Mi casa... Teléfono...

Jésica sale.

Jonathan – ¡Mirad! ¡Desde este lado se ve la Luna!

Iván sigue con la mirada a Jérica, fijándose especialmente en sus curvas. Natalia se da cuenta.

Natalia – Desde este lado también se ve una luna... *(A Iván.)* ¿Qué quería la peluquerita?

Iván – La dirección de tu peluquero. Pero tranquila, no se la he dado. Tendrá que pasar por encima de mi cadáver...

Natalia no tiene tiempo para responder.

Jonathan – ¡Iván! ¿Qué nos has preparado para la cena del comandante? ¡Es Nochevieja! No pretenderás que volvamos a cenar comida liofilizada con agua tibia...

Iván – No te preocupes, Jonathan. Para despedir el año tendremos pavo con castañas... liofilizado. Y nuestro mejor champán ruso... templado.

Jonathan *(suspirando)* – Por lo que he pagado por este viaje de cuatro estrellas, esperaba por lo menos caviar español.

Iván – Podrías haber traído alguno de tus famosos chorizos...

Jonathan – ¡Traía una maleta llena! Pero me dijeron que llevaba exceso de equipaje... Tenía que elegir entre los chorizos y mi reproductor de DVD con la colección completa de Los Simpson.

Natalia – Y como eres un hombre de buen gusto...

Jonathan – Bueno, mientras llega la cena, voy a dar otra vuelta por la sala de ingravidez. ¡No me canso nunca!

Iván – Ya me lo imagino... *(Aparte, a Natalia.)* Es el único sitio donde consigue dejar de ser un pesado.

Jonathan – ¡Spidercerdo, Spidercerdo, hace lo que un Spidercerdo hace! *(Se dispone a marcharse, canturreando.)* Por cierto, Natalia, ¿cómo van tus investigaciones?

Natalia – Dios no creó el mundo en un día. Dame una semanita para averiguar cómo lo hizo.

Jonathan – ¿Sobre qué investigas exactamente?

Natalia – El Big Bang.

Jonathan *(escéptico)* – Ah... Si consigues patentarlo, avísame. *(Sale canturreando la canción de Los Simpson.)* ¡Spidercerdo, Spidercerdo...!

Iván – *Ha hecho fortuna con los embutidos industriales.*

Natalia – Tiene su gracia.

Iván – Es un pesado.

Natalia – Pesa mil millones de euros. Y sin esos nuevos ricos dispuestos a pagar sumas astronómicas para ver la Tierra desde el espacio, no podría seguir investigando...

Iván – Pensar que el misterio de la creación del universo quizá se resuelva gracias al patrocinio de una marca de chorizos...

Natalia – ¿Y tú? Sin la financiación de las cadenas de televisión, estarías pilotando vuelos chárter a Canarias en vez de una nave espacial. ¿Qué se traen entre manos esta vez?

Iván – Están pensando en un nuevo programa de telerrealidad. Algo así como Gran Hermano, pero en ingravidez. O La isla de las tentaciones... en la Luna.

Natalia – La Luna de las Tentaciones... Promete. ¿Así que Jérica está aquí por eso?

Iván – Quieren comprobar si un cerebro con un cociente intelectual inferior a sesenta soporta la falta de gravedad. No pueden arriesgar la vida de los futuros concursantes.

Natalia – Podrían haber hecho el experimento con una pava de verdad.

Iván – Al menos nos la habríamos podido comer en Nochevieja.

Natalia – Bueno, tú todavía estás a tiempo...

Iván – No creo que sea mi tipo.

Natalia – Pues por cómo la mirabas antes, no lo parecía...

Iván (*irónico*) – ¿Celosa?

Natalia – ¿Y quién te ha dicho que tú seas mi tipo?

Iván – En Nochevieja tampoco tengo mucha competencia... A menos que el señor Chorizo sea tu hombre ideal.

Natalia (*sonriendo*) – Dime una cosa: ¿no habrá empezado ya tu Isla de las Tentaciones versión Star Trek?

Iván está a punto de responder cuando el terminal de la pared donde está el teléfono/radio comienza a parpadear en rojo.

Iván – Disculpa... (*Descuelga.*) Capitán Spock al habla... (*Natalia va a marcharse, pero se detiene al ver su expresión.*) Sí... Sí... Entendido... No... Mantenedme informado.

Iván cuelga.

Natalia – ¿Algún problema?

Iván – El centro de control ha detectado una fuga en el suministro de oxígeno...

Natalia – ¿Es grave?

Iván – Todavía no lo sabemos. Volverán a llamar en cuanto tengan más información. Mientras tanto, voy a conectar el sistema de reserva...

Jésica regresa con un vestido de noche muy sexy.

Jésica – ¿Crees que puedo ponerme esto esta noche?

Iván no le presta atención.

Iván – Perdona, tengo que resolver un problema. (*Aparte, a Natalia.*) No hace falta alarmar a los dos turistas todavía...

Iván se va, Jésica se siente decepcionada.

Jésica – Ni siquiera me ha mirado... A veces tengo la sensación de ser transparente para él. ¿A ti te parezco transparente?

Natalia – Tu vestido, desde luego.

Jésica – ¿No será un poco...?

Natalia – Muchísimo. Pero la Navidad y la Nochevieja solo vienen una vez al año. Es la única semana en la que una mujer puede vestirse primero de árbol de Navidad y después de puta. ¡Hay que aprovechar!

Jésica – ¿No te gusta?

Natalia – Yo no he dicho eso.

Jonathan regresa, todavía canturreando.

Jonathan – ¡Spidercerdo, Spidercerdo...! ¡Qué maravilla! Aunque prefiero hacerlo antes de meterme el pavo entre pecho y espalda.

Jésica lo llama.

Jésica – Y tú, Jonathan, ¿cómo me ves?

Jonathan – ¡Ah, no! Yo no hablaba de ti. Jamás me atrevería...

Jésica – ¡El vestido!

Jonathan – Ah, sí, el vestido... ¿Te apetece venir a trepar por el techo conmigo? ¡Seguro que entre dos es todavía más divertido!

Iván vuelve. Natalia observa que está aún más preocupado.

Natalia – ¿Estás bien, capitán Spock?

Jésica – Creía que era comandante y que se llamaba Iván...

Iván – Todo va bien. He conectado el sistema de ventilación de emergencia.

Jonathan – ¿Sistema y emergencia en la misma frase? No me gusta nada.

Iván (*tranquilizador*) – Es un pequeño problema técnico, pero estará solucionado enseguida. Podremos celebrar el fin de año como estaba previsto.

Jonathan – Menos mal... Pero, comandante, como estamos dando vueltas alrededor de la Tierra casi a la misma velocidad que el Sol... Bueno, ya me entiendes... ¿En qué momento exacto se supone que será medianoche?

Iván (*con doble sentido*) – Créeme, Jonathan, esta va a ser la Nochevieja más larga de tu vida...

Natalia lo mira, preocupada.

Jonathan – ¡Qué locura este viaje! De todos modos, es algo que se hace solo una vez en la vida.

Natalia (*aparte*) – Y seguramente la última...

Jonathan – Aquí hace un calor tremendo. (*A Jésica.*) Tenías razón: tendrías que haber elegido el Ka. ¡Por lo menos tenía aire acondicionado!

El terminal de radio vuelve a parpadear. Iván intercambia una mirada con Natalia y descuelga. Ella intenta distraer a los turistas señalando la ventanilla.

Natalia – ¡Estamos sobre China!

Iván (*con el auricular*) – Sí, le escucho...

Natalia – ¡Incluso se ve la Gran Muralla!

Jonathan – ¿Dónde?

Jésica – No veo nada...

Natalia – ¡Ahí está!

Jonathan – ¡Ah, sí! Ya la veo...

Jésica – Yo todavía no veo nada. Empiezo a preguntarme qué es lo que hago aquí.

Iván (*por el auricular*) – De acuerdo...

Iván cuelga e intercambia miradas de preocupación con Natalia.

Jonathan – ¡Este es el mejor día de mi vida!

Natalia (*aparte*) – Y quizá el último...

Iván (*a Jérica*) – Hoy todavía no has hecho tus ejercicios en la sala de ingravidez. Recuerda que forman parte de nuestro programa diario...

Jérica (*suspirando*) – Me mareo caminando por el techo como una mosca. ¡No soy una mosca! ¿Por qué tengo que hacerlo?

Jonathan – Yo voy contigo. ¡Ya verás qué divertido!

Salen juntos, mientras Jonathan canturrea. Iván y Natalia se quedan solos.

Natalia – ¿Y?

Iván – Es más grave de lo que pensábamos...

Natalia – Dime la verdad, comandante. Te recuerdo que, además de mi misión científica, soy la copiloto de esta nave.

Iván – El sistema principal de ventilación ha quedado inutilizado. Solo nos queda el de emergencia.

Natalia – ¿Cuánto tiempo de autonomía tenemos?

Iván – Cuatro horas.

Natalia – Nos basta para regresar a la Tierra si salimos inmediatamente. Los turistas se llevarán un disgusto por perderse la Nochevieja, pero Jonathan recuperará el dinero y Jérica tendrá su Ka...

Iván – No es tan sencillo, por desgracia...

Natalia – Ya me lo temía. Si no, ¿por qué tendrías esa cara de perro apaleado? ¿Qué más se ha estropeado en esta chatarra? ¿También hay extraterrestres flotando en los aseos?

Iván – El sistema de oxígeno de emergencia solo está diseñado para tres personas...

Natalia (*asustada*) – ¿Es broma?

Iván – ¿Y por qué tendría cara de perro apaleado si fuera una broma?

Natalia – Pero ¿por qué?

Iván – Esta nave es un auténtico rompecabezas. El propulsor viene de un transbordador estadounidense desechado, la cabina de una estación espacial europea fuera de servicio y este módulo de una vieja cápsula rusa Soyuz...

Natalia – Si está diseñado para tres, ¿cómo se les ha ocurrido mandar a cuatro personas?

Iván – El señor Chorizo ha pagado un millón de euros por su billete. Sin él y sin la televisión, el viaje se habría cancelado por falta de fondos. Y tú te habrías quedado sin investigación.

Natalia – Entonces, ¿tú lo sabías?

Iván – Era nuestra única oportunidad. ¿La habrías dejado pasar sabiendo que podrías resolver el misterio del Big Bang?

Natalia – No.

Iván – Exacto. Porque eso podría darte el Nobel. Habrías seguido adelante, igual que yo.

Natalia – Lo admito. Pero los turistas no aspiran al Nobel. Tienen derecho a saber lo que pasa.

Iván – Si lo hubieran sabido, no habrían venido...

Natalia – El señor Chorizo habría elegido un hotel de lujo en Bora Bora.

Iván – Y Barbie, el Ka con aire acondicionado.

Natalia – Bravo... ¿Y ahora qué proponen los brillantes organizadores de abajo?

Iván – Nada. Nos han dejado el problema. La ecuación es sencilla: tenemos aire para tres personas durante cuatro horas. O reducimos el número de pasajeros, o conseguimos que los cuatro dejemos de respirar durante una hora.

Natalia – ¿Y cómo lo hacemos?

Iván – Con una cápsula de cianuro, por ejemplo...

Natalia – ¿Perdón?

Iván – En el botiquín del aseo, que también lleva etiquetas en idiomas orientales, hay cápsulas de cianuro. Por si acaso...

Natalia – ¡Qué previsores! Ahora solo falta encontrar a alguien que quiera presentarse voluntario para el otro mundo.

Iván – Tengo una idea, pero no te va a gustar...

Natalia – Prueba...

Iván – Un poco de cianuro mezclado con el pavo... Ni se enteraría.

Natalia – ¿Ella? Es una broma, espero.

Iván – ¿Prefieres al señor Chorizo?

Natalia – ¡Eso sería un asesinato, comandante! Y, por mucho que intentásemos convencernos de lo contrario, no dejaría de serlo.

Iván – Pero mandar a cuatro personas a volar con oxígeno para tres sí es legal...

Natalia – Además, tendríamos que vivir con eso el resto de nuestra vida.

Iván – Tienes razón; entonces, ¿qué sugieres?

Jonathan y Jérica regresan muy animados. Jonathan sigue canturreando la melodía de Los Simpson.

Jérica – ¡Spidercerdo, Spidercerdo...!

Jonathan – Bueno, comandante, ¿se acerca ya la hora de cenar? ¡Tengo un hambre de lobo!

Jérica – Yo también estoy hambrienta.

Natalia (*aparte, a Iván*) – No podremos ocultárselo mucho más tiempo. Hay que contarles la verdad... Sin provocar un pánico innecesario, claro.

Iván – ¿Contarles a estos dos que uno de ellos es exceso de equipaje y conseguir que no cunda el pánico? Eso tengo que verlo.

Natalia (*con vergüenza*) – Puedo intentarlo...

Iván – Si lo consigues, también te darán el Nobel de Psicología.

Apagón.

ACTO 2

En la oscuridad se oye un grito agudo de Jérica y el ruido de un cristal que se rompe. Se enciende la luz. Natalia e Iván se inclinan sobre Jérica, desmayada, intentando reanimarla. Jonathan, con los ojos desorbitados, sostiene el hacha de emergencia; acaba de romper el cristal que la protegía.

Iván (*a Natalia, irónico*) – Me temo que al final tendrás que conformarte con el Nobel de Física...

Jonathan (*amenazándolos con el hacha*) – ¡No sé qué me impide abriros la cabeza a los dos!

Iván – Tal vez que somos los únicos capaces de pilotar la nave de regreso a la Tierra...

Jonathan – ¡Podría matar solo a uno! A ti, por ejemplo.

Iván – No creo que seas capaz de algo así.

Jonathan – ¡Cuidado con lo que dices... he hecho una fortuna en un matadero precisamente!

Iván – Pues inténtalo. Siempre podré alegar legítima defensa...

Natalia – Creo que no es el mejor momento para esto...

Jonathan – ¿Y cuándo será el mejor momento? ¿Cuando estemos todos asfixiados?

Iván – Si tan preocupado estás, te sugiero que dejes de respirar una hora, eso resolvería nuestro problema...

Natalia – ¡Ya basta! ¿Por qué no me ayudáis con Jérica?

Jérica despierta.

Iván – Es una lástima, eso también hubiera resuelto nuestro problema...

Jérica – ¡Decidme que todo ha sido una pesadilla y que al final me ha tocado el Ford Ka!

Natalia – Ojalá, pero no... Has ganado el primer premio.

Jonathan – Estás en una chatarra espacial sin aire acondicionado. Y, dentro de poco, sin aire a secas.

Jérica – Entonces, ¿es verdad? ¡Todos vamos a morir!

Natalia – No todos. Eso te lo puedo asegurar.

Jésica – Entonces, ¿hay una solución?

Jonathan – Sí. *(Irónico)* La cápsula...

Jésica – ¿Tenemos una cápsula de salvamento? ¡Entonces estamos salvados!

Jonathan – ¡Una cápsula de cianuro! ¿No lo entiendes? Uno de nosotros sobra y tenemos una hora para decidir quién.

Jésica – ¡Dios mío! ¡Mi madre tenía razón! El espacio no es lugar para una señorita. Hemos querido volar demasiado cerca del Sol, como Ícaro, y ahora los dioses van a castigarnos...

Jonathan – ¿Ícaro? ¿Ese quién es? ¿El nuevo piloto?

Jésica – Un personaje de la mitología griega. Quiso volar como un pájaro, pero se acercó tanto al Sol que se le derretieron las alas...

Iván *(a Natalia)* – Este sería un buen momento para explicarles que Dios no existe. Tú investigas el Big Bang. Seguro que puedes demostrarles que ningún señor con barba creó el cielo y la Tierra...

Natalia – Pero la pregunta es quién encendió la mecha...

Iván – Por desgracia, no tenemos tiempo para filosofar. ¿Lo echamos a suertes? ¿Sacamos la pajita más corta?

Jonathan – ¡Ni hablar! No vamos a tomar una decisión así a la ligera.

Iván – Hablando de decisiones poco sensatas... ¿Puedes bajar el hacha?

Jonathan baja el hacha de mala gana.

Jonathan – Tú eres el comandante y nos has metido en este lío. Sabías la verdad y te la callaste. En un barco, el capitán se hunde con él después de salvar a los pasajeros. Sería un gesto precioso. ¡Quedarías como un héroe!

Iván – Esto no es una película.

Jésica – Sin embargo, estamos peor que en el Titanic...

Iván – Solo soy un empleado. He cumplido órdenes.

Jonathan – ¡Lo mismo dijo el que lanzó la bomba sobre Hiroshima!

Los dos hombres están al borde de la confrontación, Natalia interviene.

Natalia – ¡Basta! Estáis consumiendo el poco oxígeno que nos queda... Y, aunque busquemos culpables, la pena de muerte está abolida en la mayoría de las democracias.

Jonathan señala hacia los espectadores, como si mirase a través de la ventanilla.

Jonathan – Podríamos poner rumbo a Estados Unidos o a China...

Natalia – Los verdaderos responsables están ahí abajo, desde luego. Aunque ninguno ignoraba que este viaje entrañaba riesgos. Era más peligroso que correr un encierro en Pamplona vestido de rojo.

Jésica – Pues yo he traído un vestido rojo monísimo.

Jonathan – Dejemos la Tierra en paz. ¿Por qué no buscamos a la persona cuya desaparición supondría la menor pérdida para la humanidad?

Iván (*irónico*) – Algo me dice que tú te consideras imprescindible.

Jonathan – Mi empresa da trabajo a doscientas mil personas.

Iván – ¿Y crees que la industria del chorizo se vendría abajo sin ti? Los accionistas nombrarían otro director general y asunto arreglado.

Jonathan – ¿Y tú tienes motivos para considerarte más importante que yo?

Iván – Para empezar, sé pilotar esta nave.

Natalia – Yo también...

Jonathan – ¿Lo ves? Con uno de vosotros basta para llevarnos de vuelta y encargarse del servicio de habitaciones. El otro sobra. (*A Natalia.*) Me da igual cuál.

Iván – ¡Te consideras más útil que una futura ganadora del Nobel!

Jonathan – ¿Y por qué no?

Iván – Claro. Si existiera un Nobel del chorizo, te lo darían a ti.

Jonathan – ¡Mis embutidos alimentan a un tercio de España! (*A Natalia.*) ¿Y tú qué haces?

Natalia – Investigo sobre los orígenes del mundo.

Jonathan – ¿O sea...?

Natalia – Nada.

Jonathan – ¿Y ya has encontrado alguna respuesta?

Natalia – No.

Jonathan – Entonces, si todavía no has descubierto nada, no sé por qué deberías ser más útil que cualquiera de nosotros.

Natalia – Nunca he dicho eso...

Nuevo silencio.

Jonathan (a Jérica) – ¿Y tú?

Jérica – ¿Yo qué?

Jonathan – Danos una buena razón por la que debas regresar viva a la Tierra.

Jérica – Tengo un gato, un perro y un canario que me esperan en casa... Sin contar a mi madre.

Natalia – ¡Basta! ¡Es monstruoso establecer una clasificación entre vidas humanas! Puede que yo no haya descubierto gran cosa, pero al menos sé que ninguna vida vale menos que otra.

Jonathan – Pues votemos.

Jérica – ¿Qué?

Jonathan – No es fácil sacrificarse por los demás, lo entiendo. Pero votar para decidir quién merece ese honor me parece una solución estupenda.

Natalia – ¡No estoy de acuerdo!

Jonathan – No hace falta que votes. Estamos en democracia. Aunque eso no significa que nosotros no podamos votarte a ti...

Jonathan coge un bloc y un lápiz.

Jonathan – Cada uno de nosotros tres escribe un nombre en un papel, lo dobla y lo deja sobre la mesa. Natalia hará el recuento. ¿De acuerdo, Iván?

Iván – ¿Juras aceptar el resultado?

Jonathan – Lo juro.

Iván – Está bien. Vamos allá...

Jonathan escribe un nombre en una hoja, la arranca, la dobla y la deja sobre la mesa. Luego pasa el bloc y el lápiz a Iván.

Jonathan – Tu turno.

Iván – ¿Por qué estás tan seguro de tu popularidad?

Jonathan – ¿Y tú?

Iván hace lo mismo y pasa el bloc a Jérica.

Jonathan – Tranquila, Jérica. Si los dos salimos vivos de esta, te prometo que tendrás tu Ford Ka. Me ocuparé personalmente...

Iván le lanza una mirada asesina, Jérica vacila, corta el papel, lo dobla y lo coloca sobre la mesa.

Jonathan – Natalia, ¿nos harías el honor de proclamar los resultados?

De mala gana, Natalia toma un papel y lee.

Natalia – Iván... (*Abre otra papeleta.*) Jonathan... (*Abre la tercera.*) Jérica... (*Aliviada.*) No hay mayoría para condenar a nadie.

Iván (*a Jonathan*) – Yo he votado por ti y tú has votado por mí. Pero ¿quién ha votado por Jérica?

Jérica – ¡Yo!

Natalia – ¿Estabas dispuesta a sacrificarte?

Jérica – ¡Ah! ¿No había que votar por quien queríamos salvar?

Miradas afligidas de los otros tres.

Jonathan – Seguimos igual.

Iván – Y, a este paso, moriremos todos dentro de... (*Mira su reloj.*) Unas dos horas.

Jonathan – ¿Y por qué seguimos aquí discutiendo en vez de volver a toda velocidad?

Iván – Porque la maniobra de regreso solo puede iniciarse cuando la nave alcance el punto adecuado de su órbita. Hasta entonces no podemos activar el descenso. Eso será dentro de media hora.

Natalia – De lo contrario, seguiríamos dando vueltas alrededor de la Tierra sin poder llegar a ella.

Jonathan – ¡Pues haberlo dicho antes! Y pensar que esto lo vendían como unas vacaciones de lujo...

Iván – Nos queda media hora para decidir quién está dispuesto a comportarse como un héroe.

Natalia – Es una situación digna de una tragedia griega. Si nadie acepta morir, moriremos los cuatro. Cualquiera de nosotros puede morir para salvar a otros tres... o morir sin salvar a nadie.

Jérica – O quedarse calladito y esperar que otro se ofrezca.

Natalia – No vamos a buscar un chivo expiatorio. Quien muera para salvar a los demás debe hacerlo voluntariamente.

Jonathan – Bien. ¿Voluntarios?

Silencio.

Natalia – Me ofrezco como voluntaria.

Los otros tres se quedan atónitos. Jonathan es el primero en reaccionar.

Jonathan – ¡Estupendo! Problema resuelto. Te estamos muy agradecidos. Al fin y al cabo, como decías, la alternativa era morir los cuatro...

Iván – ¿Por qué haces esto? Ni siquiera crees en Dios y pretendes sacrificarte como Jesucristo...

Jonathan – Puesto que la señora se ha ofrecido voluntaria y todos estamos de acuerdo, me comprometo a pagar la mitad de su funeral. ¿Alguna última voluntad?

Iván – ¡Cállate! Natalia, ¿vas a sacrificarte por un fabricante de chorizos? No vale la pena.

Natalia – Llámalo orgullo, si quieres. Pero, si tengo que morir, prefiero hacerlo con dignidad.

Iván – No voy a dejar que lo hagas.

Natalia – ¿Y cómo piensas impedirlo?

Iván – Tengo la llave del botiquín. Y, si alguien tiene que sacrificarse, seré yo.

Jonathan – ¡No os vayáis a pelear por eso! Con uno basta.

Natalia – ¿Harías eso por mí? ¿Por qué?

Iván – Porque tú lo mereces.

Jonathan – Lo que está claro es que no podéis morir los dos. Alguno tendrá que pilotar la nave. Yo solo tengo carné de camión y esta señorita no creo que sea capaz ni de aparcar el Ford Ka...

Jésica – No estoy de acuerdo.

Jonathan – Perdón. Retiro lo del Ka.

Jésica – No estoy de acuerdo con que ninguno de vosotros tenga que morir por nosotros.

Jonathan – No vamos a empezar de nuevo, esto ya estaba decidido.

Jésica – ¿Cómo podríamos vivir después con esa carga sobre la conciencia?

Jonathan (*mirando el reloj*) – Solo tenemos quince minutos para decidirlo.

Iván – ¿Y qué propones?

Jésica – Dejarlo al azar. Es lo único que me parece justo.

Jonathan – Justo... y arriesgado.

Natalia – A lo mejor Jésica tiene razón. ¿Qué os parece?

Jonathan – ¿Tenemos otra opción?

Iván – En realidad no.

Jésica – Pues habrá que encontrar una manera de echarlo a suertes.

Iván – La ruleta rusa sería lo más apropiado, teniendo en cuenta que estamos en una cápsula Soyuz. Pero no hay armas de fuego a bordo. Además, una bala podría atravesar la cabina y despresurizarla...

Jésica – ¿Y si usamos el hacha?

Iván – ¿Cómo se supone que vamos a jugar a la ruleta rusa con un hacha?

Silencio pensativo.

Jonathan – Traigo una baraja. ¿Qué tal una partida de póquer? El que pierda deja de respirar.

Jésica – No sé jugar al póquer.

Jonathan – Te enseño. Es muy sencillo...

Iván (*interrumpiéndolo*) – ¡No nos tomes el pelo! El póquer no es un juego de azar.

Jonathan – ¿Tienes una idea mejor...?

Iván – Tal vez...

Iván está a punto de salir, Jonathan lo detiene.

Jonathan – ¿A dónde vas?

Iván – A buscar algo de beber. Has dicho que yo me ocupaba del servicio de habitaciones, ¿no?

Jonathan – Propongo que sigamos todos juntos. ¿Quién nos asegura que no estás tramando algo a nuestras espaldas?

Iván – Tienes mi palabra. Y tendrás que conformarte con ella... A no ser que pretendas impedírmelo por la fuerza.

Se miran desafiantes, hasta que Jonathan se aparta.

Jonathan – Está bien. Al fin y al cabo, somos personas civilizadas...

Iván sale. Se hace el silencio. Natalia contempla las estrellas a través de la ventanilla.

Natalia – Os parecerá raro viniendo de una astrofísica, pero nunca me había parado a contemplar las estrellas así, por el simple placer de mirarlas...

Jonathan (*indiferente*) – Ah, sí...

Natalia – Me pregunto si, al final, la respuesta no estará ahí...

Jésica – ¿La respuesta?

Jonathan – ¿A qué pregunta?

Natalia – ¡Al origen del universo!

Jonathan – ¡Otra vez con lo mismo...!

Natalia – ¿Y si la respuesta no fuera científica, sino puramente estética? ¿Y si Dios fuera un artista?

Jonathan se encoge de hombros, Jésica también mira las estrellas.

Jésica – Pues sí que es bonito...

Natalia (*a Jonathan*) – Tú también has venido para ver las estrellas de cerca, ¿no?

Jonathan – Bueno... Estaba aburrido como una ostra.

Natalia – Tal vez todos sabíamos, al venir aquí, que ya teníamos medio camino recorrido para llegar al cielo...

Jésica – Qué raro... Ahora ya ni siquiera me arrepiento de no haber ganado el Ka. Aunque me muera dentro de un rato, al menos habré visto esto. Nunca me había sentido tan viva...

Natalia – Todos desapareceremos algún día. Deberíamos recordarlo al levantarnos cada mañana. Nos ayudaría a vivir. Al fin y al cabo, también las estrellas mueren. Incluso el Sol dejará de brillar algún día.

Jésica – Entonces, ¿no somos más que estrellas entre otras estrellas?

Natalia – Cuatro estrellas, sí. Y una de sobra...

Jonathan – ¿Cuatro estrellas para esta chatarra? ¡Como para no sobrar una!

Natalia (*contemplando de nuevo el firmamento*) – Una estrella de sobra... ¿Pero cuál?

Natalia – Quizá ese sea el misterio del universo: el movimiento perpetuo, un puzle inmenso que nunca terminamos de montar... porque al final siempre sobra una pieza.

Iván vuelve con una bandeja y cuatro copas de champán.

Iván – ¿Brindamos por el Año Nuevo?

Jonathan – ¿Te parece que estamos para celebraciones?

Iván – Una de estas copas contiene cianuro.

Los otros tres se quedan en silencio.

Jonathan – ¡Tú sabes cuál! ¡Las has preparado tú!

Iván – Por eso me quedaré con la última copa. Elige tú primero, Jonathan...

Iván le acerca la bandeja. Jonathan duda.

Jonathan – Pero ¿de verdad sabes cuál es?

Iván – No. Si lo supiera, no tendría gracia.

Jonathan acaba cogiendo una copa. Iván ofrece la bandeja a Jérica, que también duda.

Jérica – No soporto el champán. Me da gases...

Iván – Lo siento.

Jérica coge una copa. Natalia toma otra sin vacilar e Iván se queda con la última. Los cuatro se acercan y levantan las copas.

Iván – ¡A la salud de los supervivientes!

Los cuatro vacían sus copas de un trago.

Jérica – Está fresquito... ¿No tenemos unos cacahuetes?

Oscuro.

ACTO 3

Los cuatro están sentados alrededor de la mesa. El ambiente es muy tenso.

Jésica – Pensaba que un cohete haría mucho más ruido. ¿Oís este silencio? Casi duele en los oídos...

Jonathan – Menos mal. Si no, pensaríamos que ya estamos muertos.

Jésica – Hay menos ruido que en casa de mi abuela. Y eso que vive en Soria...

Natalia – El sonido no se propaga en el vacío. Por eso no oímos nada.

Jésica – ¿En Soria?

Natalia – ¡En el espacio!

Iván – Y, sin embargo, el cosmos no tiene nada de tranquilo. Muchas de las estrellas que vemos brillaron por última vez hace miles de años, en una explosión nuclear gigantesca. Si Dios existe, se parece más al doctor Strangelove que a Papá Noel.

Nuevo silencio.

Jésica – O sea que las estrellas también mueren...

Jonathan – Eso acaba de decir.

Iván – Y mueren en silencio.

Silencio.

Jonathan – ¿No podríamos poner un poco de música? Esto da bastante miedo...

Natalia – Me aterra el silencio eterno de esos espacios infinitos...

Jonathan – Más o menos lo que yo decía.

Natalia – Es de Pascal.

Jonathan – ¿Pascal?

Iván – Blaise Pascal. El filósofo.

Jonathan – Ah, sí... ¿El de las probabilidades?

Natalia – Por una vez, has aprendido algo.

Silencio. Jésica toma otro bocado de la cena.

Jésica – Pues no está tan malo el pavo liofilizado...

Jonathan – ¡Acabas de darme una idea! ¿Y si fabricara chorizos deshidratados? Serían mucho más baratos de transportar, sobre todo para exportarlos. (*Muestra un tamaño diminuto con los dedos.*) Un choricito así de pequeño, todo arrugado... Lo metes en agua y, ¡zas!, se convierte en un chorizo enorme... (*Abre los brazos para mostrar su tamaño.*) ¡Menudo negocio!

Jésica – Las castañas, en cambio, están mucho mejor frescas.

Iván – ¿Y cómo son las castañas frescas?

Jésica – ¿Como las castañas confitadas?

Jonathan – Más bien como las asadas, ¿no?

Natalia – Yo todavía no noto ningún síntoma. ¿Y vosotros?

Jésica – Yo tampoco.

Iván – El veneno tarda un poco en hacer efecto.

Jonathan – ¿Cuánto?

Iván – Un cuarto de hora, supongo.

Jésica – ¿Duele mucho morir envenenado con cianuro?

Iván – No lo sé. Nunca lo había tomado... Hasta hoy, quiero decir.

Natalia – ¿Por qué dices eso? Se supone que no sabes cuál de las copas estaba envenenada.

Iván – Digamos que tengo una corazonada...

Natalia – Por lo que recuerdo, el cianuro provoca primero convulsiones, después la pérdida de conocimiento y, por último, un coma profundo...

Jonathan – Vaya... No nos habías hablado de todos esos efectos secundarios...

Natalia – El principal efecto es la muerte, generalmente por parada cardíaca.

Los cuatro tragan saliva.

Iván – Era el veneno favorito de los jerarcas nazis. Göring se suicidó con cianuro para evitar su ejecución tras los juicios de Núremberg.

Jonathan – Suicidarse para evitar que te ejecuten... No acabo de verle la ventaja.

Natalia – Sea como sea, uno de nosotros morirá en los próximos minutos. Os propongo que digamos qué cambiaríamos en nuestra vida si tuviéramos la suerte de volver vivos a la Tierra. No podremos seguir como si nada hubiera pasado, ¿verdad?

Iván – Muy bien. Empieza tú...

Natalia – Volvería a aquella tienda carísima donde vi unos zapatos preciosos que me moría por comprar...

Jonathan – ¿Solo eso?

Natalia – Entonces el precio me pareció indecente... Pero este viaje me ha enseñado lo importante que es saber ser frívola. ¿Y tú, Jonathan?

Jonathan – Para empezar, no volvería a despegar los pies del suelo. Las estrellas se ven igual de bonitas desde abajo. Si te acercas demasiado, te quemas las alas. Como ese amigo vuestro... *(Los otros tres lo miran sin comprender.)* ¡Ícaro!

Natalia – Ah, sí... ¿Y qué más?

Jonathan – Crearía una fundación.

Iván – ¿Tú?

Jonathan – ¿Por qué no? ¡Como Bill Gates!

Natalia – ¿Y para qué sería esa fundación?

Jonathan – No sé... Para acabar con el hambre en el mundo, por ejemplo.

Iván – Ah, sí... Está bien.

Jonathan – No siempre he sido tan rico. Yo no nací con una cuchara de oro en la boca.

Jésica – ¿No se dice una cuchara de plata?

Jonathan – Eso... La mía era de plata. Mi padre pertenecía a la rama pobre de la familia. Cuando murió mi abuelo, solo heredé una quinta parte de su fortuna. Que ya era una cantidad considerable, claro... Y cuando murió mi tío, heredé todo su imperio de embutidos.

Iván – Vamos, que tuviste una infancia durísima...

Jonathan – En el fondo, si me convertí en el rey del chorizo, fue para alimentar a la humanidad. Yo también soy un idealista.

Iván – Y pensar que nadie ha sabido ver al revolucionario que llevas dentro... Si mueres, te prometo que te levantaremos una estatua. ¿Y tú, Jérica?

Jérica – Retomaría mis estudios de lenguas orientales.

Natalia – ¿Has estudiado?

Jésica – ¿Tanto te sorprende?

Natalia – No, quería decir... ¿Lenguas orientales?

Jésica – Sí. Quería ser intérprete, pero lo dejé cuando me presenté a Miss España.

Jonathan – ¿Fuiste Miss España?

Jésica – ¡Casi! Tuve que retirarme justo antes de la final. Un exnovio colgó en Internet un vídeo casero bastante íntimo... Una tontería de juventud.

Jonathan la contempla con renovado interés.

Iván – Entonces, ¿hablas varios idiomas?

Jésica – Japonés y mandarín con fluidez. Y me defiendo bastante bien en ruso.

Iván – ¡Pues haberlo dicho! Antes me habrías venido de maravilla para descifrar las etiquetas del botiquín. Me costó encontrar el cianuro. Estaba escrito en coreano... Creo.

Jésica – También sé algo de coreano. Es un idioma precioso, muy musical.

Jonathan – Sobre todo el coreano del sur, supongo.

Jésica – ¿Por qué?

Jonathan – Por el acento sureño. Será más cantarín, ¿no?

Natalia – ¿Y tú, Iván?

Iván (*visiblemente indispuerto*) – Me parece que no es el mejor momento para hacer planes de futuro...

Jésica – ¡No me digas que notas las primeras contracciones! Quiero decir... convulsiones.

Iván se levanta con dificultad.

Iván – Creo que voy a descansar un rato... (*Entrega una carta a Natalia.*) Te he escrito unas palabras, por si acaso... Léelas cuando ya no esté. Odio las despedidas...

Natalia (*conmovida*) – Te acompaño.

Iván – No, gracias. Prefiero irme solo... Os deseo un buen viaje.

Jésica – Tú también...

Iván se marcha. Los otros tres se quedan petrificados.

Jonathan – Siempre se van primero los mejores...

Natalia se levanta, examina la copa vacía de Iván y la acerca a su nariz.

Natalia – En su copa no había cianuro.

Jonathan – ¿Cómo lo sabes?

Natalia – El cianuro desprende un ligero olor a almendras amargas. Lo he utilizado alguna vez en el laboratorio y tengo muy buen olfato...

Jésica coge la copa y la huele también.

Jésica – ¿A almendras amargas? ¡Qué casualidad! Tengo un jabón antialérgico que huele exactamente así.

Jonathan – Entonces solo ha digerido mal el pavo... ¿Y será uno de nosotros tres quien muera?

Natalia huele las otras tres copas.

Natalia – Ninguna de las cuatro copas contenía cianuro.

Jésica – Pero Iván se veía muy mal...

Jonathan – ¿Entonces?

Natalia – Tomó el veneno antes de servir el champán. Por eso le daba igual qué copa elegía cada uno. Lo hizo adrede... Si no, ¿por qué habría escrito esa carta?

Jésica – Pero... ¿Por qué?

Natalia – Se ha sacrificado por nosotros. Voluntariamente. Pero no quería que lo supiéramos.

Jonathan – ¿Por qué haría eso? No tiene ningún sentido.

Natalia – Para dejarnos la conciencia tranquila, supongo. Haciéndonos creer que fue el azar el que nos salvó, y no su suicidio. Los verdaderos héroes no buscan honores...

Jésica – ¡Por Dios!

Jonathan – Qué hombre...

Natalia – No tengo palabras...

Jonathan – ¿Y qué dice la carta?

Natalia – Preferiría leerla más tarde, si no os importa.

Jonathan – Sí, pero... Podría ser importante. Era el piloto. A lo mejor ha dejado instrucciones para el aterrizaje.

Natalia abre la carta y empieza a leer en silencio ante los otros dos.

Jésica – ¿Y bien?

Natalia – Es una especie de testamento...

Jonathan – ¿Nos ha dejado algo? ¡Qué generoso!

Jésica le lanza una mirada de reproche.

Natalia – Más bien un testamento moral...

Jonathan – Ah, moral... ¿Y bien?

Natalia – Quiere que pongas su nombre a tu fundación.

Jonathan – ¿Qué fundación? *(Las dos lo miran consternadas.)* Ah, sí, claro... La fundación...

Natalia – Y a ti, Jésica, te pide que cumplas tu promesa.

Jésica – ¿Mi promesa?

Natalia – La de retomar tus estudios. Te deja todos sus ahorros para que puedas hacerlo.

Jonathan – ¿Cuánto?

Natalia – Quince mil euros.

Jésica – ¡Dios mío!

Jonathan – No está nada mal...

Natalia – También ha dejado algunas instrucciones para el aterrizaje. Parece que la segunda marcha rasca un poco...

Jésica – ¿Y para ti no ha escrito nada?

Natalia *(emocionada)* – Sí... Pero es algo muy personal.

Jonathan y Jésica intercambian una mirada incómoda al ver que Natalia está al borde de las lágrimas. De pronto, vuelve a parpadear la luz roja de la radio. Natalia descuelga mecánicamente.

Natalia – ¿Sí? *(Palidece.)* ¿Cómo? ¿Y nos lo decís ahora? Muy bien. Corto.

Jonathan y Jésica la miran con cara de interrogación.

Jonathan – ¿Qué pasa ahora?

Natalia – Han conseguido reparar la fuga del sistema principal de ventilación...

Jonathan – En cristiano, por favor.

Natalia – Tenemos oxígeno suficiente para volver los cuatro a la Tierra sanos y salvos.

Jésica – ¡Genial! (*Se da cuenta.*) ¡Dios mío! ¡Iván!

Natalia – Voy a ver si todavía puedo hacer algo por él...

Natalia se precipita. Jonathan y Jésica se quedan solos.

Jonathan – Menuda organización... ¡Ya me oirán cuando volvamos! Lo vendían como un viaje de lujo, casi como el Orient Express, y resulta que es una chapuza: un propulsor americano, una cabina europea y la ventilación rusa...

Jésica – Y el botiquín coreano.

Jonathan – ¡La torre de Babel espacial! Voy a exigir que me devuelvan hasta el último céntimo. Aunque lo importante es que nosotros estamos vivos... ¿No estás contenta?

Jésica – Pobre Iván...

Jonathan – Es lo que pasa por querer hacerse el héroe. Menos mal que nosotros no nos precipitamos...

Jésica – Aun así... Qué valiente era. Y qué guapo...

Jonathan – ¡Pero yo estoy aquí! ¡Vivo y coleando! Por cierto, ¿así que de joven rodaste una película porno? No veas cómo te redescubro, Jésica... ¡Y encima eres políglota!

Jésica – Gracias...

Jonathan – Esta aventura me ha hecho reflexionar. Incluso madurar. Por eso quiero hacerte una propuesta. Necesito a alguien de confianza para dirigir...

Jésica (*ilusionada*) – ¿Tu fundación?

Jonathan – ¿Qué fundación?

Jésica – La fundación contra el hambre en el mundo.

Jonathan – Ah, eso... No, más bien... Bueno, en el fondo es lo mismo. Busco una directora de ventas para conquistar el mercado asiático.

Jésica – ¿El mercado asiático?

Jonathan – Serías una magnífica embajadora del chorizo.

Jésica – ¿Tú crees?

Jonathan – Hablas casi tantos idiomas como el papa. Y tu físico ayuda, desde luego. ¿Cómo quieres que el Vaticano se abra camino en China con ese anciano que parece un chorizo deshidratado?

Jésica – ¿Un chorizo deshidratado?

Jonathan – ¡Imagínatelo! Millones de nuevos clientes por descubrir. Y tengo una idea genial para anunciar nuestros productos... (*Señala la Luna.*) Proyectar con un láser gigantesco desde un satélite la imagen de uno de mis chorizos en la superficie lunar, con el nombre de mi marca en letras enormes. ¡Se vería desde todo el planeta! ¡Eso sí que es publicidad global!

Jésica no llega a contestar. Natalia entra, abatida.

Natalia – Está inconsciente en su camarote... No he podido reanimarlo. Así que he decidido reunirme con él.

Jonathan – ¿Cómo que unirte?

Jésica le quita a Natalia los tubos de pastillas que lleva en las manos, los examina y los deja sobre la mesa.

Jésica – ¡Dios mío! ¡También se ha tomado una cápsula de cianuro!

Jonathan – ¡Pero entonces vamos a morir todos! (*Jésica lo mira, sorprendida.*) ¿Quién va a pilotar la nave de regreso?

Natalia – Perdón, no había pensado en eso... Adiós. Sed muy felices juntos. Yo voy a reunirme con el hombre al que amo, para toda la eternidad... Pero antes tengo que pasar por el baño.

Natalia se va.

Jonathan (*hundido*) – Nos ha pasado de todo...

Jésica – Aun así, es conmovedor, ¿no?

Jonathan – Es una estupidez.

Jésica – ¡Es puro Shakespeare! ¡Qué prueba de amor! ¿Tú estarías dispuesto a morir por mí, Jonathan?

Jonathan – Me temo que ahora mismo no tengo elección. Vamos a morir todos.

Iván entra tambaleándose, con un tubo de pastillas en la mano.

Jésica – ¡Ahora ya están haciendo de verdad Romeo y Julieta!

Iván – No lo entiendo... Me he tragado dos cápsulas de cianuro y lo único que noto es un poco de sueño...

Jésica examina el tubo de pastillas que sostiene Iván.

Jésica – Pero esto no está en coreano, sino en vietnamita... (*Examina de nuevo la etiqueta.*) Y no es cianuro, sino un somnífero... ¡Caducado desde 1973!

Jonathan – Con razón no hace efecto. ¡Entonces estamos salvados! Podrá pilotar de vuelta a la Tierra, si logramos mantenerlo despierto una horita.

Iván – ¿Dónde está Natalia?

Jésica (*incómoda*) – Verás...

Jonathan – ¿Te ves con fuerzas para pilotar? Y, si no, enséñame rápido cómo se hace, antes de volver a dormirte. No puede ser tan difícil llevar un cohete. Tengo carné de camión.

Iván – ¿Qué ha pasado?

Jésica – Estamos salvados, comandante. Han reparado el sistema de ventilación. Podemos volver a casa.

Iván – ¡¿Y Natalia?! ¡Decidme la verdad!

Jésica – Es que...

Jonathan – Una menos... No se acaba el mundo.

Jésica – Como creía que habías muerto...

Iván ve uno de los tubos de pastillas que Jésica ha dejado sobre la mesa y lo coge.

Iván – No me digáis que...

Jésica – Por desgracia, sí. Pero al menos puedes estar seguro de una cosa: ella también te quería.

Iván – ¡Dios mío! ¡Prefiero acabar con todo de una vez!

Iván intenta tomar otra pastilla del tubo. Jésica se lo quita.

Jonathan – ¡No! ¡Otra vez no! ¡Esto empieza a cansar!

Jésica examina detenidamente la etiqueta.

Jésica – Jonathan tiene razón. Yo que tú no haría eso... (*Los dos hombres la miran.*) Esto tampoco está en coreano, sino en tibetano. Y no es cianuro: es un laxante potentísimo a base de plantas.

Jonathan – ¿Caducado?

Jésica – Por desgracia, no.

Jonathan – ¡Y con los aseos en ingravidez!

Jésica – ¡Va a ser un auténtico tsunami!

Natalia regresa en ese momento.

Natalia – ¿Sabéis dónde guardan el papel higiénico en esta nave? (*Ve a Iván.*) ¡Iván! ¡Estás vivo!

Iván – ¡Es un milagro! ¡Estamos salvados! Yo solo me he tomado un somnífero. Y tú saldrás de esta con una buena diarrea...

Natalia – ¡Es maravilloso!

Iván – Te quiero, Natalia. Desde el primer momento en que te vi. ¿Quieres casarte conmigo?

Natalia – ¡Sí, Iván! (*Va a besarlo, bajo la mirada emocionada de los otros dos.*) Pero discúlpame un momento...

Sale corriendo, sujetándose el vientre. Iván se queda profundamente dormido.

Jonathan – Me temo que van a hacer falta los dos para llevar esta chatarra de vuelta al garaje...

Jésica, al borde de las lágrimas, se refugia en brazos de Jonathan.

Jésica – ¡Dios mío! Con tanta emoción, creo que me va a dar algo...

Jonathan (*conmovido*) – La vida es muy corta. Y después de todo lo que hemos pasado juntos... ¿Quieres casarte conmigo, Jésica?

Jésica – ¿Te casarías conmigo a pesar de mis pecados de juventud?

Jonathan – No a pesar de ellos... ¡Sino por ellos! Después de lo que hemos vivido, lo peor ya ha pasado. ¡Te prometo la Luna!

Jésica – ¿La Luna?

Jonathan – ¡Al casarnos llevarás mi apellido! ¡El mismo que voy a proyectar con láser sobre la Luna, junto a mi marca de chorizos! ¿Quieres ser mi reina?

Jésica – ¿Y también podría tener mi Ford Ka?

Jonathan – ¡Será tu regalo de boda! Con todos los extras. ¡Hasta un asador de chorizos incorporado!

Jésica – ¡Ay, Jonathan...! Entonces sí. ¡Acepto!

Se disponen a besarse, pero la luz roja de la radio vuelve a parpadear. Se miran, preocupados. Jonathan descuelga.

Jonathan – ¿Sí? (*Escucha con expresión grave. Luego sonríe de oreja a oreja.*)
¡También han conseguido desatascar los aseos!

Jésica – ¡Bien está lo que bien acaba!

FIN

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13 o Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (*SACD*).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el [formulario de contacto disponible en sus sitios web](#).

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

<https://jeanpierremartinezmusic.com/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (*sketches*)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

París - Febrero de 2017
© La Comédiathèque - ISBN 978-2-37705-090-1
<https://comediatheque.net/>